

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Vicente Quirarte

vquirarte19@gmail.com

El niño Jorge López Páez cumple 100 años

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 13-15.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El niño JORGE LÓPEZ PÁEZ cumple 100 años

Vicente Quirarte

Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza ... Quiero decir que a partir de tal edad nos vemos sujetos al tiempo y obligados a contar con él, como si una colérica visión con espada centelleante nos arrojara del paraíso primero, donde todos los hombres una vez han vivido libres del agujón de la muerte. ¡Años de niñez en que la muerte no existe! Un día, unas horas son entonces cifra de la eternidad. ¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?

LUIS CERNUDA, "El tiempo", *Ocnos*

El niño es una isla inexplorada poco a poco descubierta por su habitante único; emprende caminatas por selvas que, no obstante su paso, permanecen intactas; desciende por cañadas donde los ríos quiebran su cauce y lo recobran; cruza territorios donde la sed o la lluvia aparecen sin conjuro. Nada advierte la proximidad del tigre y nada garantiza que el sueño bajo las estrellas sea el último. Germen del futuro

desastre, espacio donde nacen las contradicciones, en la infancia es más abierta la oposición entre realidad y deseo, pues en esta etapa el niño no sabe conscientemente que la realidad es un laberinto de espejos donde el cordel de Ariadna ya no existe.

En su libro *La infancia y la vida familiar en el antiguo régimen*, Philippe Ariès estudia los modos en que a partir del siglo XVIII el niño adquiere existencia como ser con características propias y no como un pequeño adulto.

El niño adquiere carta de ciudadanía con la Revolución francesa. El *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau significó un cambio en el paradigma para la sociedad que pretendía ver al niño como un animal inferior al que era necesario castigar y domesticar. Rousseau vio en el niño la personificación de la pureza original con la que todo individuo nace, pureza que será posteriormente modelada –para bien o para mal– por la sociedad en la que se desarrolle. Derivadas del pensamiento de Rousseau, surgieron numerosas categorizaciones donde el niño tampoco estuvo a salvo de nuevas etiquetas. Las actitudes eran polares: quien pensaba que el niño era la personificación del ángel y quien veía en él el futuro del mal.

Hemos dejado de concebir al niño dentro de rígidas definiciones maniqueas y hemos procurado, en cambio, ver en él a un ser humano capaz de experimentar todas las emociones, aunque de manera distinta a como lo hace un adulto. No es fortuito que Sigmund Freud haya escrito sus ensayos sobre la sexualidad infantil antes de que las vanguardias practicasen la escritura automática y ensalzaran la figura del niño por su capacidad para crear sin la intervención censora del raciocinio, como puede verse en el cuadro donde Salvador Dalí se autorretrata como andrógino levantando una sábana de agua para mirar debajo su identidad sexual.

De los grandes exploradores que han escrito con mayúscula el nombre del niño que fueron, del niño que siempre fueron y que no dejaron de ser, un sitio de honor corresponde al escritor Jorge López Páez, cuyo centenario de nacimiento estamos recordando en este 2022. Cuando le solicité a Víctor Balvenera una fotografía de Jorge López Páez, me envió una imagen hecha en la niñez del personaje, pues se trataba de ilustrar el libro *País llamado infancia* con las fotografías de los escritores cuando eran niños. En la fotografía, Jorge luce con el aplomo y la belleza que caracterizaron

toda su búsqueda. En la imagen no parece haber sitio para la nostalgia ni la tristeza: todo es futuro, promesa, sensación de bienestar. El niño acompañado de su sarape exhala felicidad y plenitud. La imagen de Jorge oculta al igual que otros álbumes familiares la historia verdadera, esa que se gesta en el ámbito privado donde el niño se encuentra a merced de sus propias pasiones y de aquellas que aprende en sus modelos más próximos.

Oriundo de Huatusco, Veracruz, Jorge López Páez (1922-2017) se graduó como abogado en la Facultad de Derecho de la UNAM e hizo estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. A lo largo de este año habrá varios actos para recordar a nuestro gran Jorge. Uno de ellos tendrá lugar precisamente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Fue su voluntad que la medalla de oro otorgada por el gobierno mexicano con motivo de la obtención del Premio Nacional de Artes y Literatura fuera depositada en ese espacio. No olvidemos que fue la propia Facultad quien propuso la candidatura de uno de sus profesores que, además, era respetado por ser un gran escritor.

Desde sus primeros libros, López Páez emprendió una exploración de la niñez, como queda claro en los tres cuentos que integran *Los mástiles*, aparecido en 1955 en la colección Los Presentes. En 1992 recibió el Premio Internacional de Cuento de La Palabra y el Hombre. Obtuvo una beca de la fundación Guggenheim y publicó casi veinte títulos. Otros libros de cuentos suyos son *Doña Herlinda y su hijo* y *otros hijos* y *Lolita toca ese vals*.

Aunque *Mi hermano Carlos* es una novela más fina y acabada, donde se desarrolla el tema del niño que enfrenta el mundo y sus múltiples realidades, para él desconocidas, su novela clásica lleva por título *El solitario Atlántico*. En

él se registran las principales características del estilo del autor: la manera en que logra transmitir las vivencias infantiles sobre todo a partir de las sensaciones olfativas y visuales. La tierra nativa es un protagonista fundamental de su obra, como la novela centrada en la guerra cristera, *Los cerros azules*, que le mereció en 1993 el premio Xavier Villaurrutia.

El pesimismo del escritor que evoca su infancia es patente cuando señala: “El día con sus terrores iba a principiar”. En su “Oración del 9 de febrero”, Alfonso Reyes advierte esa sensación de los años verdes posteriormente desarrollada por López Páez: “Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente... ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio”. Equilibrio. Es la palabra clave para entender el futuro del protagonista. El poeta Charles Baudelaire escribió que la poesía es la infancia recuperada a voluntad y es la misión del escritor mantenerse fiel a esa premisa, es decir, nunca olvidar al niño que fuimos pero mantener sus enseñanzas y no su soledad. Curarse de ella, pero llevarla como un arma secreta en el alma. El reto es aún mayor cuando descubrimos que el adulto es incapaz de recuperar plenamente ese difícil equilibrio que lo mantiene entre la vida y la muerte. De los seres existentes en la tierra, el creador es el que mejor acepta y goza las vivencias pero también quien tiene una proclividad a atraer sobre sí el desastre, ser un pararrayos de iluminaciones y desastres. López Páez puede hacer suyas las palabras del poeta Eugenio Florit: “Soy feliz escribiendo cosas tristes”. El protagonista de *El solitario Atlántico* debe enfrentar la otredad manifiesta en los vecinos de apelli-

do Peña, su superioridad en todo y la indudable autoridad femenina que otorga la edad y el hecho de ser mujer en un espacio dominado en apariencia por hombres. Sus pocos años lo obligan a crecer y madurar con prisa, como cuando descubre:

¿Por qué tendrían que preguntarle a uno por qué lloras y si uno decía la verdad la encontraban tonta y descabellada y luego se quedaba uno en la inseguridad y el abandono? De solo pensarlo me sentía más desesperado y más solo me fui al patio a ver lo que se ve en los patios en momentos de abandono: los insectos, cómo crecen los duraznos y cómo el gallo no se cansa de subirse en las gallinas.

Más adelante el niño descubre la existencia de la vida como un barco a punto de hundirse; en un velorio se da cuenta de la fugacidad de la existencia y de pronto descubre el deseo, que aún no tiene nombre y es, llanamente, deseo:

Temeroso de romper el silencio me fui de puntillas al traspatio. Al abrir la puerta me asaltó el olor tibio de la majada, caliente como aliento. Volví a sentir el ambiente inusitado de mayo en noviembre. Las moscas estaban en todas partes. Oí el ruido de una bandeja, lo seguí y junto al tanque me encontré a Prisca que lavaba su larga cabellera. Cuando comenzó a secarse la pude oler junto con el caliente olor de la majada, lo fresco y perfumado de su cabello.

Sin embargo, un gran consuelo le queda al niño narrador, al mismo tiempo su arma secreta: la imaginación que le permite crear un mundo propio e inexpugnable. En *La historia interminable*, Michael



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

Ende afirma que la visión del niño es la única capaz de recobrar el reino de Fantasía, en su caso escrita sin artículo y con mayúscula. Además de revitalizar el cuento para niños, Ende ha hecho una hermosa parábola sobre la capacidad generativa de la escritura a través de la participación del lector que, al igual que el protagonista Bastián Baltasar Bux, la justifica y, finalmente, salva el relato y la consecución de la historia.

Jorge López Páez es uno de los más reconocidos narradores mexicanos. Por sus años de ejercicio, pertenece a la Generación del Medio Siglo. Obtuvo, entre varios otros galardones, el Premio Mazatlán de Literatura. La novela *El solitario Atlántico* debe su título a un fragmento de *Moby Dick*, ese

libro visionario e inagotable de Herman Melville donde todos somos Ismael y en la inmensidad del océano, real o imaginario, nos forjamos y descubrimos. La última página del libro es reveladora de la pasión que caracterizó la vida de Jorge López Páez. Con sus palabras terminan las mías y recomienza la historia interminable:

El cielo azul, lejano el mar y sin embargo cercándome. Se me acabaron las lágrimas. Busqué un refugio, y no encontré uno solo. Ahí estaba yo en el muro cerca de la indiferente piñanona. Me pareció estar a la orilla del mar: las olas mordían mis pies. Todo era un mar. Todo era un mar. Un mar infinito. Me figuré a los Aragones como im-

placables tiburones. Ahí estarían lanzándome en arponazos el “alcahuete”, el “alcahuete”. Ahí estaba viéndome ante mi madre, como no me había visto antes. De repente, subí a mi barca y miré a la popa: no había nadie a pesar del cielo azul, todo el mar estaba encrespado “ciegamente me lancé como destino en el solitario Atlántico”. **LPyH**

Vicente Quirarte es poeta, narrador y ensayista. Ha recibido varios reconocimientos, como el Premio Sergio Magaña 2000, el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde 2011, y el Premio Universidad Nacional 2012, en la categoría de Creación Artística y Extensión de la Cultura.